

# Yo te alabo

Ana Flores Rueda

LA ESCRITURA INVISIBLE



EDITORIAL  
TERRACOTA

Yo. Caída al antiguo reino de Bordaberry, sin paracaídas (“Robinson, ¿cómo es posible que volvieras de tu isla?”) Ahora no me ves, quién sabe dónde estuve. ¡Pum!, dijo el mago. Aquí aparecí.

Él. Desde lejos se apreciaban sus ojos rasgados, sedientos de enfoque. Los ojos causaban pena y risa, como una dentadura mellada. Algo en su cuerpo, borroso a la distancia, sonaba gastado. No sabrás de un primate más trillado.

Ambos. “¿Por qué pagaste por mí? Te hubieras ido”, se le escurrió decirme mientras cruzábamos la calle. Guardaba dos horas de paga en el bolsillo de los jeans; atrás de los párpados, días sin dormir. Le temblaba el ojo izquierdo que salta cuando unos dedos imaginarios le oprimen la cabeza, se le entierran las bisagras de unas manos robóticas, invisibles para mí. Ese otro ojo izquierdo, que se asoma por la mirilla de mi puerta del sótano, no estaba allí.

Pero Dawa dice que es charlatanería, que él tiene un par de ojos estoicos. Se olvida que los chinos japoneses no pueden tener la misma visión que el resto de la

gente, porque tienen la virtud de no ver, sólo sospechar.

Montevideo. El viernes, Verdi reclutaba ancianos que regresaban a casa después de invitar la merienda a sus mujeres. Exhalaban olores a ajo, a chaquetas viejas que guardan klínex de todos los años dentro de las bolsas, las mangas. Allá, un chico de bermudas anaranjadas paseaba a Flora, gata fofa de terciopelo que recordaba a un melón, atada a una correa de cuatro lazos que le afianzaba desde la barriga al cuello. La gata desconfiaba para cruzar las calles, echando las orejas hacia atrás. Ese chico de bermudas anaranjadas... Dawa nada sabía. Dice que no le gusta investigar las vidas ajenas, suponer historias que estarán, al fin y al cabo, lejos de la realidad. Pero ese chico parecido a un obelisco se llamaba Darío y estudiaba traductorado en la Universidad de Montevideo. Lo había visto en un concierto del Calamaro, cerca de Colonia. Sabía de memoria la letra de *Mi enfermedad* y levantaba las cejas cuando cantaba. Había paseado a Flora por Malvín varias veces, con sus piernas como columnas que sostienen un puente y que parecían no pertenecer al resto del cuerpo. Si ahí caminando hubiera dicho a Dawa que aquél se llamaba Darío, nada bueno se veía venir. Él cree que me entrometo en las conversaciones ajenas. Cree que me enfoco demasiado en las muecas del que me pase por enfrente, que gasto una dosis alta de escrutinio en memorias de un peso. Dawa no tolera ni siquiera la mirada de otros. El nombre de Flora lo inventé. Darío jamás ha hablado conmigo. Cruzó la calle y su humo de hombre maravilla, traductor de Ida Vitale al inglés, dejó una nube sobre su cabeza. La nube se alejaba por el techo celeste, un cúmulo de algodones mal hilvanados que separaban

el horizonte del ocaso, en un nitrógeno café dorado. Qué tanto verso y pelotería se quitaría de los libros si se supiera que las nubes se engrosan con el calor de los hombres. Los faros se encendieron; el barrio decretaba que eran las siete. Por la raya de la rambla, los edificios parecían colmenas cuyas cámaras se encendían, sin comunicación entre ellas, buscando ardor. Parecían copas de árboles primitivos colmados de incubos, seres malignos en el día, esperan que la noche pase rauda porque las tinieblas y los sueños los sacan de control. Los autos alargaban sus líneas rojo luminosas a toda velocidad sobre mis ojos, por la Avenida República de Chile. Un grito salió de uno de los departamentos por donde pasábamos, sobre Verdi. No quería perderme la ráfaga que es el ocaso, causa que el mar parezca un letrero en luz azul neón: “Ven a buscarme”. Darío se perdió dos calles hacia la izquierda, con Flora. Vivian me dijo, aquella vez del Calamaro, que Darío es una reuma de listo en su clase de transliteración. Creo que, por quién sabe cuáles carencias, ha desarrollado capacidades sobre otras áreas del cerebro, como hacen los ciegos que despliegan mejor sus sentidos útiles. Creo que Darío podría explicarme por qué hay partes de la rambla que dice Vivi que huelen a nafta, si yo lo que huelo es gasolina; si pudiera explicarle a Vivi que a un milico yo no le veo cara de policía. Quizá Darío podría transliterar mi nombre del español al mandarín, porque Dawa dice que es paso a paso imposible. Aunque puede que no vuelva a ver a Darío y a su Flora. Que siga queriendo traducir a Dawa. Por ahí, mientras Darío se dirige hacia el norte y tiene el horizonte de frente, me pregunto si en serio lo estará mirando, si puede transliterar en el lenguaje del

cromatismo qué significa un ocaso doblemente rayado; primero, por una nube, luego por el horizonte, que termina siendo de todas las líneas, la más mentirosa.

Jurarían que perseguía a Dawa, aunque los dos caminábamos hacia la glorieta de Yrigoyen con simetría militar. Debió ser que Dawa parecía ir un paso adelante. Debió ser que cuando uno se dirige a pie hacia el mar, corre para olvidarse de la ciudad. Yo aún no entendía. Habían despedido a Dawa del bar (no era tanto). Le pagaron el último fin de semana. Por causa de una golpiza que él inició al estrellarle un tarro en la cara a un argentino, cuando llegué para que saliéramos hacia el motel, Dawa estaba atrapado en una patrulla. El argentino juró vengarse, la policía se lo trepó al mismo asiento trasero que Dawa. La policía es lista en todos los países. Dawa, un metro ochenta y dos hecho nudo en la patrulla, junto con el argentino, repartían recaditos: ¡Andate a la recontra calcada cajeta de tu madre!, gritaba aquél, y Dawa rechinaba su mandarín perfecto, que diciendo Te necesito, parece un reclamo listo para puñaladas. Después del último “Pelotudo”, un oficial se dio cuenta del pastel que se horneaba en su patrulla, mientras tomaba declaración al patrón del bar. Dawa tenía un mechón de greñas rubias en la boca, la oreja ensangrentada. Volví a pensar en México, donde las golpizas huelen más reales. Una vez en el municipio pagué la fianza, un aborto de tres días en Piriápolis. “¿Por qué pagaste por mí? Te hubieras ido.” La ciudad nos tenía atrapados. Callé. Quién sabe si había hecho mal, pero me gustaba pensar que para el juicio de muchos, sería la heroína. También me hubiera gustado que dejaran a Dawa en una jaula toda la noche, recibirlo de vuelta con su cara de perro,

maltrecho por un periodicazo recibido en el hocico.

Caminábamos hacia un motel, en la esquina de Yaco, con vista hacia el mar. Ya no pintaban las auroras boreales de la tarde. Ahora, toda noche, la noche producía su pus de luna llena, una cuenca ocular falsamente iluminada, una quimera a la que el mundo loaba hasta vomitar.

Dawa llegó a Montevideo un lunes de 2001, desde Hunan. Hubo de llegar primero a Beijing, huido a Nepal, a Nueva Delhi, luego a Frankfurt, después a Buenos Aires, Montevideo, a Claudia Sommer en Rocha, dos camas rubias cuyos nombres desconozco, Cherry Lallinde, Susana, Inger Peláez, la anciana Cynthia Ziman, hasta llegar a mí: Ana. La chica que dejó en Hunan le componía canciones en mandarín que pudieron pasar por poemas de Marosa de Giorgio. Las letras sobre frutas y colores llegan a todos lados, si bien Dawa dice que yo qué sé, que le tengo mala fe a los uruguayos, no se parecen a la escena de una caricatura bucólica. Yo le recitaba a Gilberto Owen:

Trepar, trepar sin pausa de una espina a la otra  
y ser ésta la espina cuadragésima,  
y estar siempre tan cerca tu enigma de mi mano,  
pero siempre una brasa más arriba,  
siempre esa larga espera entre mirar la hora  
y volver a mirarla un instante después.

Sobre la cama, Dawa me tapaba la boca, seguro de que su sueño no se vería interrumpido por otras que no fueran mis palabras.

Dawa llegó al octavo grado. Alucinó una vez que el Uruguay era una papaya de Alaska, y se le antojaba comérsela en melcocha. Escondido detrás de un dai-myó, un roblecito de hojas que huelen a hierbabuena —a Dawa le sabían a pólvora—, huyó de un capataz de fábrica que según la ley no lo era. Las veladoras eran metidas a calor en un vaso de vidrio de dos centímetros de grueso. Pero las tapas... Las tapas de las veladoras constituían el arte: una impresión de sello que se dejaba secar por minutos y que, si se le pasaba la uña, fácil se desprendían. El patrón buscaba cortarle un meñique a Dawa por robar las tapas de dos veladoras, brillosos platos que tenían la imagen de Dakshayani, mujercita de fondos verdes y plateados con sostén de serpientes, una falda hecha de leopardos y, en la mano, un niño apestado de muerto. Era Dakshayani, diosa hindú de la felicidad marital y la longevidad, la imagen de la incoherencia. Por eso daban ganas de robársela, por chuleta, por felicidad. Esa fue la causa última de que Dawa huyera a Nepal, el robo de dos platos que aún hoy guarda en un cajón de su leonera en Casavalle. Dice que le gusta perpetuar con objetos los recuerdos que un día deben olvidarse.

¿Por qué Montevideo? Se enteró de que en Cuba viviría sano, pobre, a salvo. No acostumbrado a que lo trataran bien, Dawa optó por irse a Managua. Pero tampoco estaba acostumbrado a morir un día de hambre. Desesperado, un falso rumor de su persecución por Jiang Zemin lo hizo querer embarcarse de contrabando hacia Chile. Como Dawa creyó que hay países que con una gran ola pueden convertirse en isla y que las islas pueden flotar hasta topar otra vez con pared —en este

caso su próxima pared era Asia de nuevo— Dawa, niño de veintiuno, decidió irse al Uruguay, país que le aseguraron era tan sólido y sus gentes tan quietas, que no habría ola ni recesión que los afectara. Hay mentirosos en cada esquina del planeta. En esas circunstancias, una horda de chinos eran ayudados a llegar a Uruguay para trabajar tipo esclavos, capitaneados por Zhan Jin Wang, un proxeneta famoso en Delhi, a quien Dawa topó estando huido. Detuvieron a Wang y repatriaron a los chinos, aunque unos lograron escapar. Dawa caminaba con altivez por la Terminal de Cargas del Aeropuerto de Carrasco. Fue una casualidad que su corretiza furtiva lo llevara a toparse con ésa, aunque bien pudo haber sido un presagio. Andaba mirando un medio día de lunes, donde todos traen la cabeza baja, un día como hoy. Dawa presintió una soledad que sólo puede obsequiar la lejanía: era la desvalorización de su experiencia en medio de un país nuevo, donde los aviones de Pluna eran amarillos; la palinodia acechante de regresar a Hunan, flotando imposible; el recuerdo de una televisión prendida ahora en medio de la casa de su padre, su fantasma favorito, viendo el programa de concursos, y el fantasma en camisa y calzoncillos, el cuerpo flácido de ectoplasma, esperando a que alguien le traiga un plato de fideos, con los pies sucios y las manos peores; un hambre de no poder tragar por esa tráquea asustada; la boca seca, tapizada de algodones; era el pecho inflado de orgullo; una maleta de la que estaba aburrido, pero de donde se agarraba; en la memoria una pesadilla que tuvo a los ocho, donde un jardín de crisantemos azules caminaba hacia él como una alfombra, hasta que lentamente lo devoraba y lo convertía en tierra (su madre le había

dicho que los crisantemos curaban el sida); la seguridad de un edificio en llamas; era la fotografía mental de un estofado de vísceras de cordero con el que se alimentaba en Nepal; la manera correcta de escribir CARLOMAGNO en mandarín, sintiéndose que no olvidaba pizca de vanidad; las playas de Hainan donde jamás pudo pagar un hotel, y su plaza que parecía una articulación de huesos hecha pedazos: “The end of the earth”; una posibilidad, sólo una de empezar bien y de nuevo. Único oriental, Dawa se imaginaba que lo miraban. La verdad es que nadie ha podido mirar a Dawa más de cinco minutos sin que se arme una red de gatos en celo. Rodeado de la policía del aeropuerto, las dinámicas de rutina pudieron hacerse a un lado. Pasando la puerta eléctrica, Dawa inició su primera pelea con una anciana a quien había robado la maleta. Sus relatos eran enternecedores. La anciana, el costal de arrugas y uñas decoradas con sirenas, era Cynthia Ziman.

No recuerdo haberle preguntado a Dawa sobre su origen. Prefería pensar que había aparecido en Uruguay por generación espontánea, como los ataques de pánico. Pero él sabía hablar de sí mismo.

Llegué a Montevideo cinco años después. Nunca había dejado México. Abandonar un lugar así no tiene que ver con un deseo. Mudarse de país es romper la cadena del tiempo. No poder pagar un boleto de regreso y tener lo suficiente para comer es pragmáticamente un exilio. Me mudaba con el pretexto de seguir mis estudios en un posgrado de medidas impronunciabiles. La verdad es que el exilio dejaría medio olvidado mi pasado. Funcionaba. Albert Camus dio color a mi viaje. El silencio de la ciudad era un ruido armónico, un

retumbar continuo y sedoso en mis tímpanos, como escuchar por un minuto la señal que grita el auricular del teléfono al ser descolgado. Montevideo olía a un mar en llamas: asados y leche a punto quemados, olía al morado desecho de un árbol en otoño, a su clorofila salada. La luz de su sol era blanca. Pisando el Uruguay, pude olvidar. Anduve de amnésica voluntaria. Rompí lazos de familia. Llegaba a recordar que tenía un hermano. Desde entonces, mis días pasados quedaron impresos lejanamente en sueños o periodos de lucidez, como una vida anterior de la que poco tiempo tenía para averiguar, y que hube retomado cuando regresé a mi país. Si acaso mis recuerdos de México venían, eran parte de un pensamiento concatenado. Porque cuando uno entra en un sueño, no tiene consciencia de que saldrá de él, y sin poder evitarlo invoca memorias, deseos y miedos que sucedieron en la vigilia. Mi vigilia era México, inherente a mí, pero dormida allá, en la vida real. Sí, racionalizaba mi exilio como un encierro, una estancia del otro lado de la pantalla. Racionalizaba, sobre todo, que constituía una venganza para mí misma, contra el destino inevitable de estar donde se tiene que estar, a la hora correcta y con la gente indicada. Uruguay era vivir debajo del agua. Los sonidos se distanciaban de los gritos, eran canciones de ballenas. Mi voz nunca sonó como mi voz. Bajo el agua había libertad. Aunque gritar debajo del agua termina siendo un grito apagado. Adquirí el estado de la levedad. La ciudad no dejaba otras opciones. Caminaba como andando sobre ruedas, pensando que a cualquier paso iría a chocar. Poseía dos maletas de 25 kilogramos y la nostalgia de quienes perdieron un objeto dañino, al que estaban acostumbrados.

No me zambullí, sin embargo, en una autoestima débil. Sabía que en mi cabeza estaba un silencio poblado de voces, yo elegiría a cuáles escuchar. El exilio no me relegaba a la esclavitud, me liberaba a ser una ingenua, en un sistemita micro en el que poco me importaba erigir buenas opiniones. Salí hacia la fantasía de otra Yo en una dimensión donde nada pasaría. A veces me aturdí un conflicto ético. ¿Desde dónde crecería la vida nueva y dónde quedaría la vieja? Al llegar a Carrasco, un taxi me llevó al barrio de Buceo, donde me esperaba la casa de Democrático Silvera, mulato que me rentaría una habitación.

Las paredes de la casa eran blancas y había muebles de madera oscura. Democrático alucinaba por las piezas de cristal: candelabros de cristal, arañas que colgaban del techo, lágrimas de cristal en grandes bowls de cristal, sobre mesas de cristal. El comedor olía a limpiador de pisos aroma limón. En las paredes, cuadros de africanas con turbante; la fotografía fotografiada de Aníbal vencedor; un reloj que una vez fue plato. Paseaba por entre los muebles Pollo, labrador gordo que al verme tuvo el intento de mover la cola. Las fotografías de Democrático en las estanterías de cristal parecían gastadas por una marea, pasadas después por sol, la recuperación de un dolor por haberlo perdido todo: Democrático en las costas del río Yaguarón, con una gringa que le regalaba un dólar. Demo vestido de jinete, tendría quince años. Pollo, envuelto en una bandera de la Nacional de Fútbol. Demo tenía 54 años. Parecía más joven y tenía unos dientes perfectos. Tenía arrugas alrededor de su boca, como si hubiera reído hasta dolerse.

Mi habitación era el sótano, un cuarto alfombrado que debajo de la escalera escondía una lavadora. Una puerta de vidrio iluminaba hacia el jardincito, patio que parecía haber salido de un mercado en posguerra, con las enredaderas oxidadas, un juego de mesas y sillas herumbreadas. Arriba, la cocina olía a cebolla y gas. Junto a ella, un hornillo de barbacoa de barro acumulaba espetones junto a una bolsa de malvaviscos.

El Ajedrez, en la orilla de Avenida República de Chile, era un motel levantado sobre un par de casas. Mudado de Francisco Lavallega hace tres años, el edificio aún tenía la desconfianza en sí mismo de una oficina de contabilidad, y en los días buenos, de un hotel de cinco estrellas echado a menos. La fachada pudo haber pasado por una casa de descanso en Boca Ratón, con cornisas y aguamaniles asomados por las ventanas, aunque hebreos, muy cerca del cielo. Pero las ventanas de El Ajedrez eran de pura escenografía. La recámara no tenía vistas, salvo la ventana del baño, que permitía una altanería de aire marítimo, monstruo que convive con la carnicería de papeles, litros, desagües y restos de vaca que nacían, se reproducían y se transformaban por la ciudad. Cuando entramos a la habitación 104, Dawa cerró la puerta y se dirigió a revisar el baño. Supe que quería echar una inhalada de mar, saberse parte de lo público, alejarse de la intimidad que le era apabullante. El mar. Sonaba entre el aire acondicionado y el televisor que recién hube encendido. *Spooky Entertainment*. Dawa recorría la tina con los dedos, averiguando si la habitación había sido ocupada recientemente, aseada, si el mármol todavía recordaba. Pero seguía inhalando

mar a través de ese boquete de cachalote que escupía energía de fluidos varios hacia afuera, de aquella tarde, de un día antes o tres años atrás, una humedad que charqueaba entre las proteínas de la vida, bebés potenciales volando del hotel hacia la cascada de aire que caía por la ventana. El canal porno daba “Abierta hasta el amanecer”. Me quité los zapatos empujando los talones con la punta del pie, nadando hacia atrás me recosté sobre la cama de agua. Y el mar tan cerca. Dawa salió del baño, sacó del bolsillo su paga, la dejó sobre el buró. Después sacó una paleta y me la dio. Mientras la saboreaba, Jenny Astor abría las piernas ante la vista de tres granjeros que la espiaban desde una trinchera de paja. Dawa se recostó junto a mí, tomó el menú de servicios. Jenny empezaba a masturbarse. Al momento de tocarse el cuello, halló su compromiso orgásmico.

—Te pediré un budín de polenta—, dijo Dawa. Jenny rugía.

—¿Marmolado? —pregunté.

—No hay marmolado —respondió—. Eso de marmolado lo harán en las cocinas finas. Debes aprender a solucionar tus caprichos de otra forma.

—No te entiendo —increpé. Jenny golpeaba la silla de montar con ambas piernas, azotando a un seamental imaginado. Sí que lo entendía. Entendía el verbo “deber”.

—Si de verdad quieres un budín marmolado no habrías de estar conmigo, aquí, en El Ajedrez.

—¿Eso es un vete a la mierda? —le pregunté mientras chupaba mi paleta y me pintaba la lengua de rojo.

—Eso es que no hay marmolado.

Tomé el teléfono, pedí al servicio dos rones con coca-cola, “pero ningún budín de polenta marmolado. Sí, puede tocar a la puerta”. Jenny Astor se subía los calzones como una serpiente de agua para ir a averiguar si la espiaban. Con los dos rones sobre cubierta, Dawa me quitó la paleta de la boca y comenzó a absorberle el poco jugo de cereza que le restaba. Abrí mi abrigo y saqué el poemario, un cuaderno de pastas moradas gastadas, con una estampa monográfica de Napoleón pegada en la solapa; tocó Efraín Huerta:

“Piérdete, adelgázate hasta la soledad de los cocodrilos que agonizan.” Dawa se abrió la bragueta. “Al pie de mi medio siglo y de mi alcohol/cohol, cohol, cohol, jazz”, y me puse de rodillas en la cama. Dawa bebió su ron de un trago, soltó el resto de las gotas negras sobre mis mejillas. Yo reí. “Marinera manía/de pintar escribir declamar pagar impuestos/luz renta etcétera/ y luego abrazarte.” Dawa transpiraba iracundo. Tomó el control remoto, acercó mi vaso. “Bajo el diluvio de sones antillanos y misas lubas”, me tomó de la cabeza y me obligó a beber el ron con coca-cola, hasta que escurrió por mi cuello y las gotas subieron por mi pelo. Ahora cambió al *Sexfor TV*. “Y volver a abrazarte hasta el arte y el hartazgo.” Un par de alienígenas amarillas y resbalosas ataban a un colonizador de grandes proporciones a una palmera con tentáculos. Era la taquillera “Space Nuts”. Las liniecitas verdes del volumen habían llegado hasta el tope. Gritaba y mi voz se agudizaba sin vergüenza porque era voz y quería cantarme, mis piernas temblaban entre las grietas que bailaban las arrugas de las sábanas, pañuelos de lágrimas de tanto esfuerzo, tapetes deshilachados de pudor, yo pisaba esos

sudores, los silencios de panzas aplastantes y aperturas sin lubricar. “Y aleluyarte hasta no sé cuándo/dormida y abrumada y purificada/¡Aleluya! ¡Aleluya!”, pero ahora mis palabras corrían, gritando también hacia el chillido de mi voz, cortada como la leche; mis ganas, el limón: “Poetas elotes tiernos calaveritas apaleadas/poetas inmensos reyes de eliotazgo/baratarios y pancistas/grandísimos quijotes de su tiznadísima chingamusa/perdónenme grandes y pequeños poetas”.

Las alienígenas gemían y algunas partes de sus cuerpos marcianos rechinaban, se sacudían, palmo-teaban, embestían, resbalaban, liquidaban, rascaban, dinamitaban, explotaban... sorbían. Dawa y yo hicimos el amor en el baño. Allá, cerca de la ventana, todo parecía oculto en un secreto, una cámara de pieles heladas sobre el azulejo, dentro de un motel, dentro de un barrio, dentro de un país, Dawa en mí, yo dentro de Dawa. Ocultos en el escondrijo, como si el exterior nos juzgara, como si no estando expuestos, pudiéramos dejar de excusarnos. Toda la noche siguió la cadencia, el estertor, la porno en la televisión, apartada del mar, pero que debía ser, apartada de nosotros, héroes en un metro cuadrado, dueños de nuestra lentitud, de nuestros espasmos. ¿Contento, Huerta? ¡Aleluya cocodrilos aleluya!

Luego, tendidos sobre la cama. El techo era una muela vacía; los nervios, un par de cables que mantenían encendida la lámpara, carótida que llevaba luz hacia nuestras cabezas. Y Dawa en su estado vegetativo, con ojos abiertos, hasta donde cabe en su anatomía. Dawa mirando la muela que lo amenaza con mastigarlo, romperle el cuello, sacudirle la idea de que un día fue

un chino sagaz, huidizo, protagonista. Mis brazos están pegajosos. Dawa lejos, a mi lado.

—¿Qué piensas ahora? —le digo.

—Sabes que no puedo pensar después de hacer el amor. Es como si me entrara una calma, una digestión en donde la sangre reclama todo para ella.

—¿Podrás decir otra cosa algún día, otro día que te lo pregunte?

—Tú qué sabes, quizá... —responde.

Toma mi mano y me da la espalda para intentar dormir, fetal, pero aplastando mis dedos con sus costillas delgaditas. Soy un molusco comiendo de la superficie; mi mano es la ventosa.

—¿Duermes?, ¡despierta! —le empujo la espalda con la palma de mi mano. Su cuerpo apenas se mueve y regresa a la posición anterior: huesería adulto, compendio de días a medio resolver, seborrea en la frente, órganos en actividad plena, sangre por ahí, construyendo leucocitos, qué sabrá.

—¿Estoy sobre tu mano? —me pregunta.

—¿Y yo sobre la tuya?

No hay respuesta: “Me lleva... me cago”. Reiteración de por qué... Por qué siempre creerse dispuesto a dormir, como si tuvieras la mente tranquila. La mano empieza a querer destornillarse de mi muñeca con un cosquilleo helado. Por qué eres inepto, chino, en México serías contrabandista de camisetas. En Uruguay tampoco eres alguien. Y en China, un chino más, muerto o desaparecido, qué da. Por qué lloras a veces, por qué crees tener la razón de que los dragones eran dinosaurios con plumas que sólo existieron en China. Por qué ruedas en los días, por qué no los vives. Por